

Esta y otras razones hacen que el número de los perros disminuya continuamente en Pera y Galata. Pero ¿qué importa? En tanto, en Stambul crecen y se multiplican, hasta que no encontrando bastante alimento en la ciudad turca, emigran poco á poco á la otra ribera y reemplazan en la familia exterminada todas las bajas que han hecho las batallas, la carestía y el veneno.

## LOS EUNUCOS.

Pero hay otros seres en Constantinopla más dignos de compasion que los perros: los eunucos.

Los eunucos, introducidos entre los turcos, á pesar de los terminantes preceptos del Coran que condena esta infame degradacion de la naturaleza, subsisten aún contra leyes recientes prohibitivas de su tráfico, por ser más fuerte que la ley la inícuca avidéz de dinero que hace cometer el delito y el despiadado egoismo que se aprovecha de la inícuca obra.

Estos desgraciados se encuentran á cada paso en las calles, de igual suerte que se les halla en cada página de la historia. En el fondo de cada cuadro histórico de Turquía, campea una de estas figuras siniestras con la hoja de un puñal en la mano, durante las conjuraciones, ó cubierto de oro, ó bañado en sangre, víctima ó favorito ó verdugo oculto y formidable, de pié, á la sombra del trono como un espectro, ó asomado á las rendijas de puertas misteriosas.

Así por Constantinopla, en medio de la afanosa multitud de los bazares ó entre la muchedumbre alegre de las Aguas Dulces, entre las columnas de las mezquitas, al lado de los carruajes, en los piróscafos, en los cáiques, en todas las fiestas, se ven estas larvas de hombre, estas figuras dolorosas que proyectan lúgubre mancha en los risueños cuadros de la vida oriental.

Menguada la omnipotencia de la córte, ha disminuido la importancia política de los eunucos; de igual manera que relajándose los celos orientales, se ha amenguado su importancia privada en las casas particulares. Las ventajas de su estado han decaído mucho por tanto. No encuentran ya sino difícilmente compensación á su desventura, con las riquezas y el predominio de otros tiempos.

Ya no se encuentran aquellos Gaznefer Agá que consentían en ser mutilados para llegar á la jefatura de los eunucos blancos: todos ahora son ciertamente víctimas sin consuelo: comprados ó robados de niño en Abisinia ó en Siria, sobreviven de cada tres uno á la infame cuchilla, y vendidos para escarnio y vergüenza de la ley, vienen burlándola á Turquía, con una hipocresía secreta, infinitamente más odiosa que el mercado público.

No hay necesidad de que se nos señale á estos infelices: se les reconoce á la simple vista.

Son casi todos altos, gordos, flojos, con la cara imberbe y envejecida, cortos de busto, largos de piernas y de brazos. Llevan fez en la cabeza, largo leviton oscuro, calzones á la europea y un zurriago de cuero de hipopótamo, que es la insignia de su oficio.

Andan echando el paso largo y balanceándose como niños grandes que empiezan á aprender á andar.

Acompañan á las señoras, á pié ó á caballo, delante ó detrás de los coches, bien solos ó bien por parejas, revolviendo la vista de uno á otro lado, siempre alerta y mirando con ojo vigilante la más insignificante mirada ó el más insignificante acto irreverente del que pasa, inyectándose de sangre por la cólera aquellos globos sin expresión por lo regular de su fisonomía, y que produce en el mirado un efecto de pavor y repugnancia indecibles.

Excepción hecha de estos casos, el semblante del eunuco no dice absolutamente nada ó no expresa otra cosa que infinito tedio. No me acuerdo haber visto reír á ninguno.

Los hay muy jóvenes que parecen tener cincuenta años; viejos que pueden pasar por adolescentes envejecidos en un día; muchos redondos, lúcidos, que semejan bestias cebadas adrede; todos vestidos de paño fino, limpios y perfumados como damiselas vanidosas: ¡y hay desalmados que al

pasar al lado de estos infelices los miran y se ríen! Creen, sin duda, que siendo lo que son desde la infancia, ignoran el alcance de su desventura; cuando por el contrario, demasiado la comprenden, la sienten y la lamentan: aunque no la supiesen, ¿cómo podrían dudar de ella?

Pues qué, no pertenecer á ningun sexo, no ser más que una imagen de hombre, vivir en medio de los que lo son y considerarse, sin embargo, separados de los mismos por un abismo infranqueable; sentir extremecerse la vida á su alrededor como un mar, debiendo permanecer en medio de las olas inmóviles y solitarios como escollos; experimentar los propios pensamientos y los sentimientos propios apretados en círculo de hierro, que jamás virtud humana podrá romper; tener perpétuamente ante la vista el espectáculo de felicidad al cual todo tiende, en rededor del cual todo gira, con cuyo color se ilumina todo, y tener conciencia de que se está inmensamente alejado de aquella felicidad misma, arrastrando la mísera existencia en la oscuridad, en el vacío, como criaturas maldecidas por Dios; aún más, ser los custodios de esa felicidad irritante, los guardianes y la barrera que el hombre celoso coloca entre el mundo y sus placeres, cerrojo con que el dueño asegura su puerta, manto, ó mejor dicho, andrajó con que cubre sus tesoros; vivir entre perfumes, en medio de las seducciones, de la juventud, de la

belleza, con la vergüenza en la frente, la rabia en el alma, despreciados, escarnecidos, sin nombre, sin familia, sin madre, sin recuerdos afectuosos, segregados de la humanidad y de la naturaleza!!!...

¡Ah! ¡Debe ser un tormento que la mente humana no puede comprender, semejante al de tener un puñal eternamente clavado en el corazón!

¡Y esta infamia se soporta todavía, paseando por las calles de una ciudad europea estos infelices que viven en medio de los hombres sin aullar, sin morder y sin matar á la cobarde humanidad que los mira sin avergonzarse y sin llorar al propio tiempo, mientras que mantiene ó funda asociaciones internacionales para la protección de los gatos y de los perros!

La vida de los eunucos se reduce á continuado suplicio.

Cuando las mujeres no los encuentran propicios para sus intrigas, los ódian como á espías y carceleros, y los torturan con crueles coqueterías, hasta hacerles perder el juicio ó ponerlos locos furiosos, como sucedía con el eunuco negro de las *Cartas Persas*, cuando colocaba en el baño á su señora.

El sarcasmo los rodea: llevan nombres de perfumes y de flores, aludiendo á las mujeres que custodian, y así se llaman *poseedores de jacintos, guardianes de lirios, custodios de rosas y de violetas*. Y á veces, ¡pobres! aman los desventurados!

Porque en ellos lo que se ha logrado extinguir con la horrible mutilacion, no son las causas, sino los efectos de las pasiones. Tanto, que experimentan los celos y lloran lágrimas de sangre. Y á veces, cuando una mirada provocativa ó una palabra procáz se les dirige por cualquiera de sus dueñas, apercibiéndose de que son correspondidos en su monstruoso amor, pierden la razon y se hieren y golpean cruelmente.

En tiempo de la guerra de Crimea, un eunuco dió un latigazo en la cara á cierto oficial francés, y éste le partió el cráneo de un sablazo. El motivo de la cuestion fueron los celos. ¿Quién puede explicar sus sufrimientos, la desolacion que les produce la belleza, los extragos que les causa la alegría del prógimo, los estremecimientos nerviosos originados por una sonrisa de mujer... y ¡cuántas veces al sonar en sus oídos el chasquido de un beso, la mano del eunuco aferra instintivamente el mango del puñal!

¿Qué extraño, pues, que en el vacío inmenso en que late el corazón de estos infelices surjan las frías y negras pasiones del odio, la ambicion y la venganza? ¿Qué ha de ser extraño verlos crecer y desarrollarse, áeres de carácter, duros de condicion, mordaces de palabra, pusilánimes, feroces y mezquinos? ¿Cómo podrán sentir la adhesion sino bestialmente, la traicion sin astúcia, el poderío sin despotismo, vengándose por todos los modos

imaginables de la afrenta que en sus personas se hizo á la naturaleza?

Y por más que la tristeza sea estado habitual, acaso por lo mismo, perpétuamente sienten la necesidad de la mujer; y ya que no les es dable satisfacer este deseo de su corazón en calidad de amantes, la buscan en calidad de amiga. Y se casan, y eligen mujeres en cinta, como Sunbullú, el gran eunuco de Ibraim-I, con objeto de tener un niño á quien amar; y establecen un haren de vírgenes, como el gran eunuco de Ahmed II, á fin de gozar al ménos del espectáculo de la belleza y de la gracia, la acogida afectuosa y la ilusion del amor; adoptan una hija para contar con el seno cariñoso de mujer sobre el cual reclinar la frente en los angustiosos días de su vejez; por no morir ignorando en qué consiste la caricia femenil, buscando el eco de voz amorosa en los últimos años de la existencia, despues de haber comprendido durante tanto tiempo el acerado filo del desprecio y de la burla en mitad del corazón. Y no son raros los ejemplos de los que enriquecidos en la córte ó en casas importantes donde ejercen, al par que su oficio, el de intendentes, adquieren una bella quinta en el Bósforo, procurándose en la ancianidad el olvido de la propia desventura entre los placeres de las fiestas y de los banquetes...

Entre las muchas cosas que me relataron concernientes á estos infelices, una se me quedó impresa con huellas indelebles en la memoria: me la contó cierto médico de Pera.

Refutando los argumentos relativos á que los eunucos nada sienten, me refirió lo siguiente:

—Una tarde salía de la casa de Tal, rico musulman, adonde habia ido para visitar por tercera vez á una de sus cuatro mujeres, enferma del corazon.—Al salir, como al entrar, me habia acompañado un eunuco, gritando las palabras de ordenanza: «¡Mujeres, retiraos!»—advirtiendo á esclavos y señoras que un hombre penetraba en el haren, del cual no debían dejarse ver.—Cuando estuve en el patio, el eunuco me dejó, y me dirigí solo hácia la puerta. En el momento de ir á abrir, sentí que me tocaban en el hombro, y al volverme me encontré frente á frente de otro eunuco, cuya hermosa é interesantísima figura se dibujaba con toda perfeccion entre el claro oscuro del crepúsculo. Era un real mozo, de diez y ocho á veinte años, de simpático y atractivo aspecto, y que me miraba fijo, con el rostro abismado en profundísima tristeza y con los ojos preñados de lágrimas. Despues de un instante de contemplacion, en el que pude leer el poema de la eterna melancolía de un alma enferma, le pregunté en tono insinuante y dulce, qué queria. Titubeó, se repuso,

volvió á vacilar, y luego, apoderándose de una mano mía, con inexplicable afliccion, exclamó apretándome la diestra entre sus dedos, convulsivamente:—«¡Doctor, doctor! Tú, que sabes remedios para todos y cada uno de los males, ¿no sabrías uno para el mio? . . . . .»

Soy incapaz de describir—añadió el médico—lo que por mí pasó, ni el efecto que produjeron aquellas palabras en el fondo de mi conciencia; quise responder algo; me faltó la voz, apagándose en mi garganta, y no sabiendo qué partido tomar, lo rechacé con la mayor dulzura y suavidad que pude, y me precipité bruscamente abriendo la puerta de la habitacion adonde me dirigía... Pero toda aquella noche y muchas más, y luego más dias y otros y otros, no pensé sino en el llanto del eunuco, debiendo violentarme á cada instante para que las lágrimas no se derramaran de mis ojos con igual amargura que asomaron á los del lindo jóven de los diez y ocho ó veinte años...

\* \* \*

¡Oh, filántropos, publicistas, ministros, embajadores, y vosotros, señores diputados en el Parlamento de Stambul, senadores de la mediana, todos alzad la voz en nombre de Dios y de la humanidad, á fin de que esta sangrienta ignominia, esta horrenda mancha del honor, este borron infame del género humano desaparezca, y que en el siglo XX no quede de él sino la memoria de su iniquidad, más dolorosa que la de la terrible carnicería de Bulgaria!

## EL EJÉRCITO.

Aunque ya sabia yo antes de llegar á Constantinopla que no encontraría ni rastros siquiera de los magníficos ejércitos de tiempos antiguos, sin embargo, apenas llegué, busqué con vivísima curiosidad los soldados: ¡mi perpétua simpatía!

Mas encontré la realidad mucho peor de lo que me figuraba.

En lugar de los antiguos uniformes, amplos, pintorescos y guerreros, hallé otros negros y ajustados, los encarnados pantalones, chaquetillas estrechas, galones de portero, cinturones de colegiala, y sobre todas las cabezas, desde la del Sultan á la de el último soldado, aquel deplorable fez que además de ser mezquino y pueril, especialmente sobre las testas de aquellos corpulentos musulmanes, es causa de infinitas oftalmías y hemiplejias.

El ejército turco no tiene la belleza, no ya propia de un ejército turco, sino ni aun la de un